

ARTURO REYES

# DE ANDALUCÍA



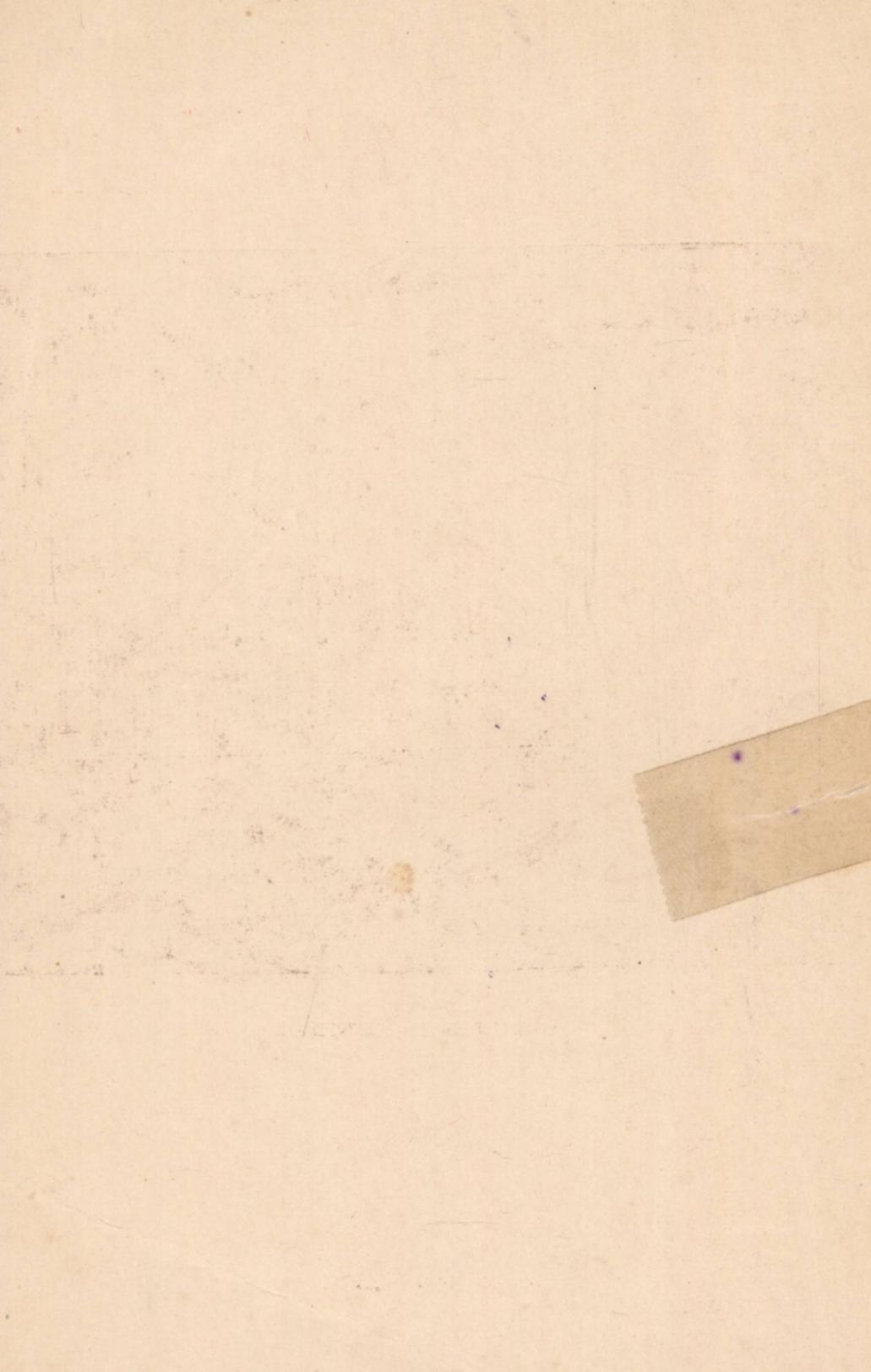
**CUENTOS**

MADRID

Librería de Fernando Fé

PUERTA DEL SOL, NÚM. 15

1910



DE ANDALUCÍA

---

Esta obra es propiedad del  
autor, que se reserva todos sus  
derechos.

---

19 cm

R-98905



ARTURO REYES

# De Andalucía

CUENTOS

BARCELONA  
LIBRERÍAS DE DOMINGO RIBÓ  
CALLE PELAYO, 46 Y CORTES, 592

N. 1910



EN EL OLIVAR DEL TARDIO





## EN EL OLIVAR DEL TARDÍO

### I

Veinte años acababa de cumplir Toval, el *Puchi*, un chaval airoso y fuerte como un pino, cuando una mañana fría y luminosa en que el sol doraba las cumbres, en que el cielo despojábase, á sus besos, de sus brumas matutinales; en que piaban melancólicamente las alondras entre los riscos del monte; en que el laurel rosa lucía sus tintas más carmesíes en las risueñas cañadas donde destrenzábanse los arroyos en raudales cristalinos; en que los gallos se retaban de corral á corral con arrogantes cacareos; mañana en que se adornaba la vida con sus más bellos atavíos, cogió Toval, ya enga-

lanado con flamante pantalón de pana, rojo ceñidor, entre marsellés y chaqueta de paño burdo, amplio pañuelo de seda blanco á guisa de corbata, sombrero de rondeña estirpe y recios zapatos de vaqueta; cogió Toval—repetimos—la reluciente *vizcaína*, los bordados bolsones de la pólvora y los plomos, y salió del lagar, tan alegre al parecer, como el día, y tan ágil como un corzo.

—Que no vengas mu tarde, Tovalico—le gritó su madre asomándose á la puerta de la casa.

—No tenga usted cuidiao, que estaré aquí á sol poniente.

—Que no echas por los *Ferrizales*—le gritó de nuevo aquélla, que no se apartó del umbral del edificio hasta ver perderse á lo lejos á su gallardo retoño.

Cuando la vieja penetró de nuevo en el lagar, su marido, ceñudo y con la mirada torva, entreteníase en contemplar el alegre chisporroteo de la leña húmeda, sentado junto al fuego que brillaba bajo la gran chimenea, sobre cuyo amplísimo alero parecían

entonar los limpios peroles un canto á la condición hacendosa de su dueña.

—¿Qué tiées, Juan?—preguntó á éste su mujer, posando en él con interrogadora expresión sus ojillos oscuros y maliciosos.

—¿Qué quiés que tenga? Que Tovalico me tié con el sosiego sirviendo al rey; que me va dando el mozo mu mala espina; que no es verdá la alegría que lleva en la cara; que ese ha nació con una pícara condición con la que va á conseguir que me vistan la mortaja.

—¡Pícara condición mi Tovall! Pos si tiée un corazón que no le coge en el pecho.

—No te diré yo que no tiée grande er corazón; pero tamién tiée grandes las ambiciones, y aluego, que su trato con ese conde-  
nao Pepe el *Tano* me lo está poniendo de uña contra to lo que Dios manda.

—Eso es que te lo parece á ti poique tú tiées menos seso que un mosquito; poique lo que el *Tano* platica es el Evangelio, y si no, ¿qué es lo que preica el *Tano*? Que tos semos hijos de Dios, que no es justo que unos se coman la miés y otros la paja, y que el que crió

las gallinas no dijo: Pa unos las yemas, y pa otros las claras, y pa otros los cascarones.

—Lo que está jaciendo ese hombre es sembrar cisaña á estajo; poique lo primero que sa menester pa ser preicaor es saber preicar y saber á quién se le preica; poique yo sería el primero en dalle la razón si el *Tano* en lugar de icir lo que ice, ijiera: Sa menester que mos rejuntemos tos los probes y que mos jagamos una piña tos pa que los ricos no mos gocen, pa que si ellos llevan á sus cubriles como diez, mosotros llevemos como cinco; sa menester...

Y no pudo el señor Juan continuar su peroración, que fué interrumpida por la llegada del tío *Capacho*, el barbero del partido, el cual exclamó, deteniendo frente á la puerta el paso de su vieja y humilde calbaldadura:

—¡A la paz é Dios, caballero!

—¡Holal! ¿Cómò tan tempranico por aquí, tío *Capacho*?

—Pus porque he tenío un mal amanecer, poique al pasar por frente al olivar del *Tardío* me di de cara con...

Y el tío *Capacho*, después de echar una ojeada escrutadora al interior del edificio, continuó:

—Pos me di de cara con Josefío el *Canales*.

—Pos ya lleva dos días alreor del *Ferri-zal* ese mal bicho, y ya debía agüecar el ala, no sea cosa que le vayan á desfigurar el perfil los del tricornio.

—Pos á los del tricornio tamién me los he trompezao yo en la trocha de los *Claveles*. Por cierto que se me figura que van despistaos por mó de que *Petaca*, el ventero, les ha dicho que el mozo pasó antier como con rumbo á la sierra.

—¿Y qué será lo que busca por esta linde el *Canales*?

—Pos, sigún me dió á entender, está aguardando á uno á quien, sigún parece, ha engatusao; por cierto que al pasar por *Majanevá* he visto á Tovalico que diba como con rumbo al lagar del *Perezoso*, y milagrito será que el muchacho no se trompiece con esa güena presona.

El señor Juan se puso pálido; y

—¿Dice usted que va mi Tovalico como con rumbo al lagar del *Perezoso*?—preguntó con voz trémula al barbero.

—Sí; pero manque se trompierce con el *Canales* no hay cudiao; que eran dambos, cuando aun no pensaba el otro en tirarse al mal vivir, más amigos que gañanes.

Algo sombrío y profundamente angustioso se retrató en el semblante del señor Juan, el cual, tras un momento de meditación, se dirigió hacia uno de los extremos de la cocina.

—¿Aónde vas tú?—le preguntó su mujer al verlo echarse al hombro el enmohecido retaco.

—Ahí más allaílla—le repuso el viejo con voz sorda; y después, dirigiéndose al barbero, continuó:

—Jasta la vista, amigo, que voy á llegarme al rastrojal y á dalle un vistasillo al sembrao.

Y el tío Juan salió del lagar tan ágil como si no sintiera el peso abrumador de sus muchas Navidades.

## II

Toval, el *Puchi*, iba ensimismado y sombrío; la proposición del bandolero había encontrado en él un eco simpático; él no había nacido para soportar aquella vida miserable y abrumadora que parecía pesarle sobre el corazón como una mole de plomo; de lanzarse con aquél al «camino», pronto su nombre con el de *Canales* sería repetido entre aclamaciones y vítores por los hombres más de pelo en pecho de los contornos; las hembras más famosas por su garbo y por su hermosura tendrían á gala el ocupar una hornacina en su corazón; sus padres no tendrían que mojar la tierra con el sudor de su frente; en lo sucesivo, con lo que él arrancara al poderoso, sería el bienhechor de los

más necesitados; podría lucir siempre sus hechuras juveniles sobre los más fogosos caballos; no quitarse ni para dormir el rico marsellés de terciopelo, con alamares de plata, ni el lujoso ceñidor de seda, ni la rica botonadura de brillantes, y ante él temblarían los hombres y suspirarían las mujeres, y un día, no muy lejano seguramente, tornaría al buen vivir con la faltriquera bien repleta y con la frente orlada de sangrientos é inmarcesibles laureles.

Toval dejó escapar un profundo suspiro y empezó á trepar por una escabrosa ladera, para escalar la cual, no obstante su destreza, tuvo que aferrarse á las salientes de las rocas y á los matujos que en ella lucían sus intensísimos verdes.

Al dominar el repecho, tropezóse con el tío *Zorzales* que, sentado sobre una de las desigualdades del monte, entreteníase en tejer un sombrero de palma, no sin de vez en cuando llamar al orden á alguna que otra de las cabras que ramoneaban acá y acullá bordeando el precipicio.

—Hola, zagal—exclamó el viejo al ver al

mozo;—¿aónde vas tan depriesa, que has tenío que jacer cuasi títeres por esa malita trocha?

—Es que me pareció sentir *piñonear* por encima del barranco—repúsole Toval con voz ligeramente turbada.

—Hoy por aquí el que *piñonea* es un mal pájaro, y lo mejor que tú jaces es dirte lo más lejos que pueas dirte del olivar de' *Tardío*.

—¿Y qué es lo que pasa hoy en el olivar del *Tardío*?

—Pos sigún paece, anda por él lanceando un alma perra, al que cuasi van pisándole los talones los del correaje amarillo.

—Er *Canales*, ¿verdá?—preguntó al viejo con voz inquieta el muchacho.

—El *Canales*, que se ha cargao este amanecer una faena que está pidiendo á voces que le rellenen jasta el tuétano de plomo; suponte tú que el mu charrán cogió dormío ó cuasi dormío al señor Pepe, el *Tomizas*, y cuasi dormío lo despachó no más que por robarle tres ochavos que el probe llevaba metíos en la faltriquera.

Toval se puso pálido y

—Eso no puée ser, hombre, el *Canales* no es un asesino—exclamó mirando con expresión incrédula al *Zorzales*.

—Tan verdá es lo que yo te estoy iciendo, como es verdá que crucificaron á Cristo en el Gólgota; y eso que ha jecho ese lobo no tiée perdón de Dios ni de naide; asesinar por robar á un probe que se buscaba la vía aguantando terrales y aguaceros, á un probe que deja sin más techumbre que la de arriba un puñao de volantones, eso está pidiendo á voces que lo jagan veinticuatro partes y lo pongan en veinticuatro caminos.

El *Puchi* inclinó la cabeza sin contestar al viejo, que continuó con voz llena de indignación y de ira:

—Yo te lo igo con er corazón en la mano; yo no soy capaz de juzgalle á un avión en la pluma; yo munchas veces he poío dirme de la lengua y jacerle un desavío á muchísimos caballistas, pero nunca le jice mal á ninguno de ellos, poique los caballistas que yo conocí en mi moceá eran hombres cabales, pa los que estaban sagrás las jembras y los ni-

ños y los probes; que pa robar á los ricos cuasi se quitaban el sombrero; que en jamá de los jamaces jacia una perrería; que cuando tenían que matar, mataban, pero solamente cuando tenían que defender la persona, pero lo que ha jecho el *Canales...* vamos, hombre, que na más de pensallo me jierve la *encarná*, y lo que yo te igo es que yo, que nunca elaté á naide, si hoy me preguntaran á mí por ese mozo, no sé lo que yo le diría al que á mí me lo preguntara.

Y el viejo enmudeció, mientras el muchacho permanecía silencioso y meditabundo.

—¿Y dice usted que le andan á los arcanses los que le persiguen?— exclamó Toval tras algunos momentos de silencio mirando con expresión interrogadora al anciano.

—Cuasi en las manos lo tenían— repúsole éste—pero arguien los debió despistar, y al mismo tiempo debieron también avisalle al mozo, poique jace mú poquito que yo lo vide de lejos tirar jacia el *Tajo de las Palomas*, tan y mientras los otros seguían como con rumbo hacia el *Matorral del Pedrero*.

—Entonces, ¿poiqué me aconseja usted que no jeché jacia el olivar del *Tardío*?

—Poique algo debe traer ese alma condená por esos lugares; poique toa la mañana se la ha pasao rondándolo como si juese una mocita morena.

—¿Y dice usted que usted lo vió jechar jacia el *Tajo de las Palomas*?

—Jacia el *Tajo de las Palomas*, aonde bien poía jacer Dios que se resfalara y se agarrara á un esparto.

Cuando el *Puchi* se separó del tío *Zorzales* pintábase en su rostro una angustiosa incertidumbre; lo hecho por el *Canales* con el señor Pepe, había llenado su pecho de tan profunda indignación, que sentíase arrepentido de sus temerarios propósitos.

Dispuesto á desistir de lo que prometiera al *Canales*, juzgó un deber avisar á éste el peligro que corría, y decidido á hacerlo, apenas se hubo alejado del pastor lo bastante para no ser visto por él, penetró en una abrupta cañada, y un cuarto de hora más tarde llevábase dos dedos á la boca, en medio del *Olivar*, y dejaba escapar un resonante silbido.

Sólo le respondió al *Puchi* el rumor del viento entre las ramas, y transcurridos que hubieron algunos minutos, se dirigió, terciándose de nuevo la escopeta al hombro, hacia donde minutos antes había visto dirigirse el pastor á Joseíto el *Canales*.

## III

La mañana reía en los alcores; cruzaban como dardos nítidos las palomas el cristalino ambiente; cegaban el cielo con su radiante azul, con sus rayos de oro el sol, y los caseríos con el blancor de sus bien encalados muros; de vez en cuando se sentía *piñonear* allá entre los breñales las de los *brodequines grana*; un leñador asestaba golpe tras golpe con implacable monotonía en un tronco ya caduco; un zagal que cruzaba ágil por una trocha, entonaba una copla de quejumbroso ritmo; un viejo descendía de lo más alto del monte como agobiado por el peso de varios olorosos haces de tomillo; el *Puchi*, sentado en el poyo adosado á la fachada de su vivienda, contemplaba con huraña expre-

sión un gallo que delante de él, con el iris en la pluma, parecía regañar á sus numerosas consortes con su sordo cacareo.

—¿En qué piensas, Toval?—preguntó á éste su madre poniéndole una mano sobre el hombro.

—¡En qué quiées que piense!; ¡en quién será el que mató ayer á Pepe el *Canales* cuando diba á meterse en el *Olivar del Tardío!*

—¡Cualisquiera lo averigua!—exclamó la vieja con voz algo turbada;—arguno á quien le querría dar la esazón y que anduvo vivo y le contestó con un plomazo en el pecho.

—Eso tuvo que ser, poique los civiles no han sío; la pareja estaba en el lagar del *Solsona*, sigún me ha dicho el tío *Zorzales*, que sintió el escopetazo.

La vieja se encogió de hombros y cada vez más llena de turbaciones murmuró:

—Tamién lo oyó tu padre, que había dío á darle un vistazo á la *jaza* del *Quejigo*.

El *Puchi* posó en su madre una mirada indefinible, inclinó sobre el pecho la cabeza

meditabundo y sombrío, y mientras aquélla penetraba de nuevo en el interior de la casa, él continuó mirando con huraña expresión el gallo, que con el iris en la pluma parecía regañar á sus numerosas consortes con su sordo cacareo.

DE MAR Y TIERRA



## DE MAR Y TIERRA

### I

—A ver, tú, *Cantinero*, á ver si les das un achuchón á esos *bigardones*, antes de que se nos venga encima el Levante.

Y en tanto dirigíase aquél á dar cumplimiento á la orden recibida, se sentó Adolfo sobre un rollo de cuerdas embreadas, relleno la pipa con un puñado de legítimo *calpense*, la encendió, y tras devolver por boca y nariz densas espirales de humo, quedóse como sumergido en graves y hondas meditaciones, mirando sin ver las gentes que bullían alrededor de las abiertas escotillas y sin que lo-  
graran sacarlo de su ensimismamiento el

enérgico vocear de los capataces, los quejumbrosos silbidos de la máquina, el áspero rechinar de las cadenas, el batir de los remos y los cien brutales vocablos y las cien frases ingeniosas conque amenizaban todos ó casi todos la abrumadora faena.

Descendió ágil y rápido el *Cantinerero* por la renegrida escala, y ya en la bodega exclamó encarándose bruscamente con los hombres de la cuadrilla:

—Vamos á ver si tenemos una miajita de algo y otra miajita de güena voluntá; una miajita de cá cosa, caballeros.

— Si te creerás tú que embotellar estos bombones — repúsole Pepe el *Maroma* al par que ponía en tensión sus poderosos músculos, *metiéndole* el hombro á uno de los enormes fardos,—es lo mismo que bordar en muselina.

—¡Como que va á ser menester que le diga al mayordomo que te mande un caldisopa ó dos onzas de bizcochos mostachones

—¿Mosta... qué?

—¡Mostatiros que sus peguen por malitos que seis!

—¡Y seis catorcel!—exclamó en tono de zumba Paco el de la *Malagueta*.

Le miró al soslayo el *Cantinero*, y cogiendo de nuevo la escala se dirigió hacia donde el capataz seguía triste y meditabundo, y díjole al llegar junto á él, al par que le colocaba sobre un hombro la encallecida mano.

—¡Pero es que no se puée saber lo que á ti te pasa hoy, que parece que te has levantao con cólico miserere!

—¡Con ganas de mentarle á alguien la familia es como yo me levanté esta mañana!—repúsole Adolfo bruscamente.

—Algo y más que algo apostarí yo á que tó eso es por mó de alguien que se parece mucho al *Niño de la Canela*.

—¡Se le parecerá si tú lo dices!

—Vaya, y si no, dime, ¿por qué ese *gachó* no ha venío á trabajar hoy con nosotros?

—¡Pos no ha venío, porque con salú que Dios me dé, ese *gachó* no trabajará con nosotros, tan y mientras á mí el cuerpo me jaga sombra!

—¡Ves tú, lo que yo me temía, lo que tenía que pasar tarde ó temprano!

—¿Y por qué tenía que pasar tarde ó temprano; vamos á ver, por qué tenía que pasar? — y esto lo preguntó Adolfo con voz sorda y mirando en casi amenazadora actitud al *Cantinerero*.

—Toma—repúsole éste, encogiéndose de hombros, —porque sí, porque no hay bien ni mal que cien años dure; porque tos nos sabíamos de memoria que el *Niño* andaba chambeleando en tu badía; ¡ganás de malgastar tiempo y chambeles!, eso ya lo sabíamos tos también, pero es que cuando los hombres perdemos el *pesqui* se mos empaña la pupila y, en fin, ná, que se emperró en buscarse una cosita guasona, y que se la ha jallao, y ahora se enterará el *gachó* de lo que es ver encender los faroles sin un *chusco* en la faltriquera y sin tener con qué llevarle alpiste á los gurripatos; ahora se enterará, porque lo que es el *Chinorrel*, ni el *Jureles*, ni el *Pollo de los Besugos*, ninguno de esos tres *gachones* es capaz de meterlo en su cuadrilla, como no sea embalsamao.

—¡Pos él lo ha querío; asín es que con su pan se lo comal; yo he tenío pa con él más

pasencia y más galga y más anclaje que nadie en el mundo; yo sabía jace ya mucho tiempo que ese mal falucho le había puesto la proa á mi bergatín goleta; yo lo sabía mu bien, pero como yo sé que la mía no es de las que se pican el embrague, y como además el *gachó* se contentaba cuando se trompezaba con ella con alargar el moco y agüecar la pluma, pos yo me venía jaciendo el *lipendi*; pero ayer se olvió ese mal barquito desarbolao del respeto que se les debe á los hombres y á las jembras de los hombres que son nuestros amigos, y se fué de un ancla y en comenzó á garrear y... na, que yo me enteré y que no pasó naíta porque la Virgen del Carmen se empeñó en que no pasara.

—Pero, ¿quién fué el malita hora que te dió á tí la noticia?

— ¡Quién había de ser! Uno que daría un ojo de la cara por verme con el otro camino del *Batatar* en uno de la *tertulia*; Joseíto el *Calabrote*!

—Tenía que ser él; si lo parió su madre pa malo y malo tié que ser jasta que arrie la bandera.

—Pos bien, como tú comprenderás, en cuanto me lo dijo, se me acabó la pacencia y me fuí en busca del *Niño* y no lo encontré; y como no lo encontré, se me fué refrescando la sangre; y na, que me he contentao con mandarle á decir con el mismo que me trujo er paquete, que es correo seguro, que no se ponga más elante e mi persona si es que no quiee que le dé más puñalás que dan las costas coquinas.

—Pero es que el *de la Canela* no es hombre capaz de aguantar esa clase de recaos—murmuró sordamente el *Cantinero*.

—Eso creo yo también, y me alegraría que no lo aguantara; me alegraría de que viniera á buscarme, que no te puees tú figurar las ganitas que tengo yo ya de enterarme de una vez de si pisa ú no pisa ese *gachó* tanto como cacarea.

Y al decir esto se incorporó lentamente el capataz y se dirigió hacia la escotilla para ver qué tal se ganaban el salario los que comían de su pan con el sudor de su frente.

## II

Era ya anochecido, cuando penetró lenta y gallardamente el *Cantinerero* en la taberna de *Cloto*, lugar preferido por las gentes de *mar y tierra* para matar en él el gusanillo, ahogar en vino las desazones de la vida, prepararse para llevar á cabo alguna de sus frecuentes hombradas ó para jugarse tranquilamente al tute ó al dominó cuatro *chatos* de solera ó cuatro *cortadillos* del de Jubrique ó del de Farajan ó del de Cazalla de la Sierra.

—Aquí está ya el *Cantinerero*—gritó al ver penetrar á éste en la taberna el *Pollo Cacaratusa*.

—Pos llega, *chavó*, que ni llamao por telégrafo—exclamó el *Sardinita*—porque él sabrá la *chipé* de lo que ha pasao á bordo entre el capataz y el *Niño de la Canela*.

—Vaya si lo sé—exclamó el *Cantinerero*

apoyando un codo en el mostrador y echándose el sombrero hacia atrás:—¡como que lo he visto con estos mis ojos que, según dice mi *chata*, son dos estrellas polares!

—Vamos á ver si te dejas de pamplinas y nos cuentas lo que pasó á bordo entre ambos acorzaos; ya to sabemos lo que pasó ayer y que hoy el *de la Canela* se fué pa á bordo en busca del que te tiée á tí metió en un puño — exclamó en tono de broma otro de los concurrentes.

—Pos bien; dijo con acento reposado el *Cantintero*; lo que pasó á bordo fué que llegó el *Niño* y que, como Dios le dió á entender, porque ya la marejá le venía larga á cualquiera, saltó sobre cubierta y se fué pa el Adolfo y lo miró como si fuera á retratarlo, y asín que se jartó bien de estudiarle el perfil, le dijo que él no iba allí na más que pa decirle que tenía pa él dos copas y dos botellas y dos garrafones y dos puñalás en la ingle ó en el sitio y lugar que más fueren de su gusto.

Naturalmente. Adolfo no se puso ni amarillo ni colorao, y le contestó que se viniera.

pa tierra, que él, en quantito arrematara, se vendría pa el muelle en busca de su presona.

El *de la Canela* no dijo ni pío y se fué pa la escala y llamó al del bote, pero aquello de *tomar* el bote no estaba mu mollar que digamos, y tan no estaba mu mollar, que cuando el Joseito quiso saltar á él, llegó una ola, se le resfalaron los *pinreles* al mozo en las chumaceras, y *pataplún*, hombre al agua.

Como es natural, al verlo caer se armó á bordo el *jollín* número uno, y este corre pa acá y el otro corre pa allá, y uno tira al agua un cabo y otro tira un salvavía y otro lo primerito que coge, y tan y mientras, el *de la Canela*, que había vuelto á sacar la coronilla, volvió á hundirse como si tuviera plomo en los brodequines; y cuando más atosigaos estábamos tos y ya estábamos recetándole los lutos á la familia del *Niño*, Adolfo, que tan y mientras se había quedao cuasi con el mismo terno de cordobán conque su madre lo echó al mundo, se abre paso á rempujones, salta á la borda, se quea mirando la mar, como si quisiera dragar el puerto con la pu-

pila, y de pronto pum, al agua de cabezal y... vamos, caballeros, ¡que me río yo de los del-fines y de los atunes y de los peces espadas!

—¡Como que nada el *gachó* más y mejor que una liza!—exclamó con entusiástica entonación el *Fureles*.

—¡Que si nada! Camará si nada el *gachó*! Pos bien, como sus diba diciendo, se tira á la mar de cabeza el Adolfo, se hunde, saca á poquito la gaita, toma resuello pa una quin-cena, se vuelve á hundir, y cuando ya está-bamos tos con el corazón encogío y pensan-do que dambos se habían díó en busca de los del *Reina Regente*, vimos salir otra vez á cien brazas lo menos al capataz con el de *la Canela* trincao por el morrillo, y... na, caballeros, que á los cinco minutos estaban los dos á bordo, el uno fumándose su pipa y el otro devolviéndole al puerto to el sali-tre que el hombre se había bebío.

—¿Pero en qué queó lo de la custión?—preguntóle al *Cantinero* uno de aquellos pró-ceres de voz ronca, rostro atezado y hercú-lea contextura.

—¿Que en qué queó? — repúsole aquel

con aire satisfecho.—Pos queó en lo que debía quear, en una cosa más reonda que una piña; queó en que el Adolfo, asín que se hubo secao y vestío, se fué pa el otro y le dijo que él se venía pa tierra y que en tierra lo esperaba pa darle remate al negocio que dambos tenían entre manos; y en que el de *la Canela*, se alevantó al oirlo, se fué pa él, lo miró con cara de niño llorón, le echó los brazos al cuello, pegó su cara contra la cara del otro, y que no sean menos de quince las puñalás que me den si no fueron dos los besos que le soltó al Adolfo el de *la Canela* en mitá de los carrillos.

Y un prolongado murmullo de aprobación brotó de aquellos pechos varoniles, celebrando todos al unísono aquellos besos conque hubieron de poner fin á sus malas intenciones dos de los más famosos, de los más duros de roer y de los de más *tronío* de los hombres de mi tierra.



A PUNTA DE CAPOTE



## A PUNTA DE CAPOTE

### I

—Comadre, mu güenos días.

—¡Josús y cuánto güeno por aquí! ¡Qué méritos habré jecho yo esta noche pasá pa tener este alegrón por la mañana!

—Pos no repique usté mucho, comadre, que entoavía puée ser que concluya usté por ponerme en mitá de *la del Rey*.

—Eso no lo jaría yo nunca, asín viniera usté á traerme dos disjustos emparmaos.

—Un colirio es lo que yo vengo á traerle á usté, un colirio pa que vaya usté mejorando una miajita de los ojos.

—Pero qué empeño que tiée usté, comadre, en que yo estoy mal de la vista.

—Y tan mal como está usté; pero por mí no deje usté su jacienda, que no tengo yo priesa ninguna.

—Pos mire usté, si usté me lo permite, yo voy á seguir planchando este camisón, porque, según parece, mi señor don Paco, tiée hoy que vestirse de gala pa dir á ver á algún diputao á cortes.

—¿A un diputao, verdá? No es mal diputao elque tiée que ver su caballero de usté; otro diputao como el que tiée que ver el mío, porque el mío también hoy se ha vestío de tiros largos; como que me ha dao un sofoquín porque no tenía calcetines de colores.

—¿Pero por qué ha de ser usté siempre tan mal pensá, comadre? ¿Por qué no ha de ser verdá que tengan que dir dambos á jacer ésa visita?

—¡Que por qué no ha de ser verdá!—exclamó incorporándose como sacudida por un fleje de acero, Rosalía la *Chiripera*—porque no lo es, porque yo sé que no lo es... ¡A jacer una visital ¡y tan visital! como que

dambos tiéen que dir hoy á pendonear con dos archiduquesas que acaban de llegar de Sivilla, dos *asperones* más jarticos de roar que un mingo sobre un tapete.

—Pero, comadre, ¿por qué se ha de creer usted siempre lo que la gente le dice ó lo que á usted se le antoja?

—No, comadre, que esto lo sé yo de mu güen origen; que esto que le estoy yo diciendo á usted es el mismísimo Evangelio; que esto me lo ha dicho á mí la *Tapones*, la sobrina de la señá Antonia la del *Trabuco*.

—¿Pero usted no sabe que esa *Tapones* el día que no indispone un matrimonio bien avenío, aquella noche le sientan mal los ju-reles?

—¿Pero qué interés diba á tener la muchacha en venirme á mí con ese cuento?

—¿Y qué interés tiéen en dar tinta los calamares? Vamos, comadre, déjese usted de tonterías, y sobre to, supongamos que sea verdá toíto eso que á usted le han dicho, vamos á ver, ¿qué es lo que usted consigue con enterarse de esas cosas?

—¡Que qué consigo! ¡Pos ya verá usted lo

que consigo! darles lo que no se esperan, y jacer que á dambos se les desenrice el pelo. ¿Que qué es lo que consigo?... Esmoñarla si se me viene á las manos. ¿Que qué consigo?... Si tendremos toas la sangre como usté, que lo que tiée usté no es sangre, sino un medio de arvellana.

—Mire usté, comadre, yo tendré ú no tendré la sangre de eso que usté dice; pero tenga usté la seguridá de que con ese genio que tiée usté no se consigue naíta de los hombres cuando los hombres son como lo son el de usté y el mío, pongo por caso.

—¡Pero qué genio ni qué tiro que me peguen! ¿Pos es que quíee usté que me entere yo de que mi hombre se va hoy con otra mujer de francachela y me quée yo tan tranquila abanicándome á la sombra de la parra?

—Pero si yo no digo naíta de eso; si lo que yo digo es que con pillar catorce berrenchines no consigue usté na, y si está azul... tan azul y si nublao... tan nublao.

—Pero vamos á ver, comadre; vamos á ver; usté supóngase por un momento que sea verdá toíto lo que á mí me han dicho.

— Güeno, pos ya me lo he suponío.

— Y me lo dice usté tan fresca, ¿verdá, comadre?

— ¿Pero es que quiée usté que se lo diga tirándome de los pelos?

— ¿Y se queará usté tan *jolgachona* viendo usté á su hombre vestirse de limpio y sabiendo el por qué de querer llevar tan relimpia la pechera?

— *Jolgachona* no me quearé, pero tampoco me dará un síncope por tan repoquita cosa.

— Y antes de que se vaya á la calle, ¿qué es lo que hará usté con su hombre?

— ¿Yo? lo que yo haré será procurar que no se vaya, pero no dándole ningún pregón ni muchísimo menos, sino trabajando la par-tía como la debemos trabajar las mujeres, dándole *coba* jasta que se le caiga la mitá del estucao.

— Llorando y gimiendo, ¿verdá?

— No, comadre, na de llorar ni de gemir, sino manejando el percal; y si no, vamos á ver; ¿usté no dice que mi Paco tiée que dir con su Pepe de usté hoy de juerga con esas

dos señoronas que, según usted dice, han venido de Sevilla?

—¡Sí, señora; pero lo que es el mío no cuenta usted con que vayal, ¡qué ha de ir el mío, comadre, qué ha de ir el mío!; como que pa dir el mío tendría que dejarme á mí colgá como un cuadro en un tabique.

—¿Y qué necesidad tiée usted de que la cuelguen á usted como si fuera usted misma una viñeta?

—Pos algo daría yo porque usted me explicara cómo podría yo conseguir que no se fuera sin armar una más soná que la degollación de San Juan Evangelista.

—Pero si eso es la mar de fácil, comadre. ¿Quiée usted ver cómo mi Paco, sin que yo le pía que se quee se quea sin dir á esa cita que usted dice?

—Eso tendría yo que verlo pa creerlo.

—Pos la cosa es la mar de sencilla; mi Paco ha quedao en venir á vestirse de limpio y á almorzar, á las doce en punto; asin es que, si usted quiere, se quea usted aquí y me ve manejar el trapo, á ver si consigo yo que usted aprenda alguna vez á llevarse á su

hombre á punta de capote, á donde á usté le dé la repotentísima gana.

—Pos de juro que sí, que quieo yo ver una cosa tan maravillosa.

—Pero con una condición; con la de que no hable usté una sola palabra de citas ni de celeras ni de naíta, y de que á tó lo que yo diga diga usté que sí, como una jaquita sabia.

—Por descontaio, comadre, por descontaio; ya verá usté como no digo ni pío.

—Pos no hay más que hablar; ya verá usté como mi Paco no va hoy á ninguna parte con su compadre.

—Si usté consigue eso, comadre, si usté lo consigue... vamos, que le regalo yo á usté la mejor de mis tumbagas.

## II

Cuando Paco el *Mentirola* llegó á su casa, no pudo ocultar la poco grata impresión que le causara la presencia de su temible comadre, y

—Vaya—pensó—ya esta perra pachona se ha golío la chamusquina y ha venío á soliviantar á mi Dolores.

Esta, que se había alisado el cabello y y puesto un vestido azul que embellecía su gentil figura y cuyo color contrastaba armónicamente con su pelo rubio y brillante, con el verde esmeralda de sus ojos y el blancor de su tez, recibió á su marido con la sonrisa en los labios, y

—Ya empezaba yo á temer que se te hubiera pasao la hora— le dijo cogiendo el som-

brero que éste se acababa de quitar, y tras colocarlo en la percha, añadió con acento alegre y sonoro como el trinar de un pájaro:

—Ya tiés la ropa planchá, ¿sabes? asín es que cuando quieras te pues poner más pinturero que un loro.

—Es entoavía mu temprano —repúsole aquél, que no dejaba de mirar á hurtadillas á su comadre, á la que había saludado disimulando la desconfianza que en él hubo de despertar su inesperada presencia.

—¿Y por qué no almuerzas antes de vestirte?—le preguntó Lola con acento acariador.

—Porque no tengo entoavía ni chispa de ganas de abrir la boca.

—¡Charrán! lo que tú quiées es reservarte pa aluego—dijeron de modo fulminante los ojos de Rosalía.

—¿Quiées que te haga antes un refresco?—le preguntó con voz mimosa Dolores.

—Pos mia tú, no me caería eso mal, porque la verdá es que aquí aonde me ves estoy más achicharrao que el cisco.

—Ya se encargarán de desachicharrarte— dijeron elocuentes y maliciosos los ojos de Rosalía.

Dolores se apresuró á complacer á su marido, y momentos después sus manos pequeñas, limpias y sonrosadas, ofrecían en reluciente vaso el refresco ofrecido al jactancioso perchelero.

—Vaya si está esto superior, pero que superior; como que está preparao por esas manitas que cuasi son dos panales — dijo Paco después de dar fin á la fresca limonada.

—¡Granuja!—murmuró mentalmente la comadre, á la vez que se mordía los purpurinos labios con una sarta de dientes que eran perlas orientales.

—¿Y por qué no te quitas la chaqueta y te echas en la cama un ratillo? á bien que la comadre es de confianza.

—Hasta cierto punto—dijo ésta mirando con expresión zumbona á Dolores.

Sonrió Paco, y

—No me echo, porque si cojo el sueño no va á haber quien me despierte—dijo con

acento jovial y siempre disimulando la zozobra que sentía.

—Yo te llamaré á la hora que tú quieras.

—¡No, no me echo!

Se sentó Lola frente á frente á su marido, y

—¿A que no sabes tú quién ha estao aquí esta mañana?—le preguntó.

—¿Quién, mi hermana Currita?

—No señó, mi prima Remedios, que vino á conviarme á un paseo.

—¿Y tú, qué le dijiste?

—¿Y qué le diba yo á decir?

Que yo soy una *faluga*  
que tiene su timonel,  
y que soy barquito á pique  
cuando navego sin él.

Contempló Paco con expresión efusiva á su consorte y

—¿Por aonde se diba á dar ese paseo?—le preguntó.

—Creo que pensaban dir por el *Arroyo de los Angeles*.

—¡Diendo tú, tenía que ser por ahí! ¿Y por qué no le dijiste que bueno?

—Por si á ti no te gustaba que fuera, porque, según me dijo mi prima, también va á dir con ella Rosarito la *Tulipana*.

Se acordó Paco de que el novio de la *Tulipana* había sido, un día no muy lejano, pretendiente de su mujer, y mirando á ésta con expresión agradecida.

—Eso no le hace;— le repuso—aonde quiera que tú vayas y con quien quiera que sea, van siempre bien los ojos en que me miro.

—¡Granuja!—repitió siempre de modo mental Rosalía, abanicándose como si estuviese empeñada en romper el varillaje del abanico.

—No, es que no era de mi gusto ir—dijo Lola—y sobre tó, que si tú concluyeras temprano y pudieras venir y quisieras, te peiría yo que me llevaras á dar contigo un paseo.

—Pero, mujer—exclamó poniéndose grave Paco—ya sabes tú que tengo que dir á ver á un amigo, á uno al que ni mi compadre ni

yo hemos visto desde hace una pila de años.

—¿Ha estao, quizás, en el Paraguay?—le preguntó con acento irónico, no pudiendo contenerse, Rosalía.

Contempló Paco á su comadre con aire inquieto, y

—No, no señora—le repuso con cándida expresión—aonde ha estao muchísimo tiempo ha sío en las minas de Linares.

—¡Ah, ya!

—Güeno, pos no te preocupes por lo del paseo—dijo Dolores, y después dirigiéndose á su comadre añadió:

—Pos ya no me mande usté el mantón, comadre, porque ya no lo necesito.

—Güeno—no se lo mandaré á usté—le repuso aquélla, que seguía haciéndose aire cada vez con mayor ahinco.

—¿Pero es que le habías pedío tú el mantón emprestao á la comadre?

—Sí, porque es que...—dijo Lola sonriendo—había pensao una cosa, y era que, aprovechando que tú estarías de tiros largos, antes de dar el paseo, nos fuésemos á la fotografía y nos hiciéramos juntos un retrato.

Mira como yo quisiera que nos lo hiciéramos: yo, pongo por caso, con el mantón de Manila de la comadre terciado y un puñao de claveles en el pecho y otro puñao de claveles en la cabeza; el vestío de raso y la caena de oro, en fin, con toíto lo del escaparate, sentá en una silla y tocando la guitarra, y tú de pie á la verita mía, con el sombrero tirao hacia atrás y mirándome como cuando... vamos, ya sabes tú como yo quiero decirte.

—Vamos, comadre, que me parece á mí que yo voy á tener que dirme de esta casa ahora mismito.

—No sea usted mal pensá,—exclamó Paco riendo— que no hay por qué soliviantarse—y después, dirigiéndose á su mujer, la preguntó:

—¿Y tú sabes los *parneses* que cuesta hacerse el retrato que tú quieres, y que yo estoy más arriao que una vela?

—Es que yo tengo la mar de dinerito guardao—dijo maliciosamente Dolores; y dirigiéndose hacia la cómoda, sacó de uno de sus cajones una alcancía que agitó haciendo sonar su contenido.

— ¡Ah, pícaral! — exclamó Paco — ¿conque esas tenemos; conque voy á tener que dormir con el chaleco debajo de la almohada?

— Y si no fuera por eso, ¿con qué te diba yo á haber mercao lo que yo á ti te he mercao?

— ¿Y qué ha sólo lo que tú á mí me has mercao?

— Pos una corbata azul y otra granate que quitan toítas las tapaeras del sentío; pero esas no las ves hasta pasao mañana que es tu día y cumpleaños de... de...

— Pos es verdá, que pasao mañana es cumpleaños de nuestro casamiento, chiquilla; cinco años.

— Pos mira tú lo que son las cosas; á mí me han pareció esos cinco años cinco merengues de fresa... ¿pero qué estás tú haciendo, chiquillo?

— Pos ya lo ves, quitándome la chaqueta.

— ¿Pero es que te vas á echar por fin en la cama?

— Sí, digo, si es que me lo permite la comadre.

— ¡Por mí con tal que no sea más que eso...

— ¿Y á qué hora te llamo si te queáras dormío? — preguntó Lola á su hombre al par que doblaba cuidadosamente la chaqueta.

— Pos mira, yo estoy citao con el compadre á la una... pero... pero...

— ¿Pero qué?

Se pintó la incertidumbre en el semblante varonil del *Mentirola* y tras algunos momentos de vacilación exclamó con acento decidido:

— Pos mira tú, lo que yo estoy pensando es que á ese amigo bien podemos visitarlo otro día cualisquiera, y como la comadre verá dentro de un rato al compadre...

— No, eso no, qué disparate; otro día que tú no tengas que hacer, me llevarás de paseo y nos haremos el retrato... por más que hace hoy un día tan resuperió; pero en fin, antes son tus gustos que los míos.

— No, mira, yo ahora me echo un ratillo, y si cojo el sueño, tú tan y mientras te jateas, y á eso de las tres me llamas.

—Pero mira, que si eso te contraría...

—No, mujer, no me contraría —dijo Paco; y después, dirigiéndose á su comadre, continuó:

—Y usted, comadre, me hará usted el favor de disculparme con el compadre, ¿verdad?

—Ya lo creo —dijo Rosalía poniendo una mirada de asombro en Dolores, que la miraba con expresión de orgullo y como diciéndole en el idioma de luz de sus ojos verdes que fulgían luminosos y triunfales:

—¿Lo ve usted, comadre; usted ve cómo á los hombres no hay más sino que saber manejarlos, y cómo esas dos archiduquesas sivilanas se van á quear hoy sin ver á mi Paco el *Mentirola*?



LA NIÑA DE MONTEJAQUE



## LA NIÑA DE MONTEJAQUE

### I

La gran cocina del lagar presentaba un animado golpe de vista: brillaban en el amplio alero de la chimenea, como de oro bruñido, los bien ordenados peroles; brillaban los bien enjabelgados muros, el rústico techo pintarrajeado de azul, donde piaban revoloteando alegremente las golondrinas que en él labraran su nido; los vasares, orlados de papel de color; la limpia cantarera, donde trasudaban los rojos cántaros en cristalino goteo, y la amplia hornilla, sobre la cual humeaban cazuelas y pucheretes cuyo tufillo—confortante y tentador—hacía aventar los cartílagos nasales á los más gastrónomos

ó famélicos de una veintena de mocetones, enjutos y atezados, que alrededor de una larga mesa seguían con mirada ansiosa los movimientos de dos improvisados banqueros que tallaban, acreditando una vez más sus aptitudes excepcionales para tan poco recomendable recreo.

Y mientras tallaban éstos, graves y ceremoniosos, y los que los rodeaban veían engordar unos y enflaquecer otros los largos bolsones de verde y sedosa urdimbre con anillas de plata, y mientras la ventera, una cincuentona curtida por el sol y encanecida por la edad, vigilaba los pucheros y las caceras que borbotaban sobre el fuego, y su hija, una zagala de rostro atezado, de grandes ojos y de aspecto algo viril, entreteníase en arrancar con mano hábil el fino plumón á dos víctimas de la certerísima puntería del señor Juan el *Ferriza*, Joseíto el *Mimbrales*, casi caudillo á la sazón de los más afamados matuteros de la sierra, decíale á media voz á Currito el *Lucentino*:

—Pos qué quiées tú que yo te diga; no me cabe á mí en el meollo que sea capaz

de una traición Juanico el *Esparraguera*.

—No, si yo sé que Juan es tó un hombre; ¡pero son tan malinas las mujeres!

—¿Pero al hijo del *Pita*, quién le ha dío con el encargo de que venga á decirte lo que te ha dicho?

—Si no me lo ha querío cantar; no ves tú que el hombre ha empeñado su palabra de no decíselo á naide.

Quedó meditabundo durante algunos momentos el *Mimbrales*, y después:

—Pos repíteme otra vez lo que á ti te platicó el muchacho—le dijo á su compañero.

—Pos lo que á mí me platicó fué: Mié usté, señó Curro, una presona toa oro de diez y ocho quilates, ha encargao á mi padre le diga á su mercé ú al señó Joseíto, que no se metan ustedes con la partía esta noche por el olivar del *Panzúo*, poique es mu fácil que si sus metéis sus topéis manos á boca con el tiniente Bejarano y con los mejores mastines que tiée el hombre en su trahilla.

—¿Y por qué mos encarga eso la presona que tú dices?—le pregunté yo, y

—¡Yo qué sé!—me contestó el hijo del

*Pita*,—pero si no ricuerdo mal, la presona que le dió el encargo á mi padre le dijo algo de que algùn alma perra le debe haber díó al tiniente, con el soplo.

—¿Y no te dijo más el hijo del *Pita*?

—Tan no me dijo más, que entoavía no había arrematao de platicarme lo que yo te he repitío, cuando ya estaba el mozo con su *Ligero* á un tiro de mi presona.

—¿Y entonces, por qué ha sío eso de que tú pienses mal de Juan el *Esparraguera*?

Quedó silencioso durante algunos instantes el *Lucentino*, y después continuó con expresión meditabunda:

—Pos te diré; si yo he pensao mal de Juan, ha sío poi que... Miá, primero me vas á contestar tú á una preguntilla que yo te voy á jacer, á ver si tú, sin que yo te lo iga, das con el poi que de haber pensao yo lo malillamente que he pensao de Juan el *Esparraguera*.

—Pos encomienza tú ya á preguntar tó cuanto á ti se te antoje.

—Pos ya estoy yo preguntando. Vamos á ver: ¿qué es lo que traes tú hoy del *Campamento* á la grupa de tu *Valiente*?

—Pos hombre, eso lo sabes tú tan bien como yo mesmo; el jato pa mi morena.

—Es decir, toíto lo que le jace falta á tu Mariquita del Carmen pa que el pae cura sus jeche las bendiciones, ¿no es asina?

—¡Mismamentel y que no me he gastao más que un ojo de la cara; ¡camará, que va á estar mi jembra er día del casorio que va á embestir de graciosa!; como que le he mercao un mantón que no tiée par en la China y un vestío de una sea que no la toma un machete.

—Güeno, queamos en que tú le traes á tu Mariquita toíco lo que le jace falta pa que se puea casar contigo; ¿no es asina?

—Asina es.

—Güeno, pos ahora repasa tú en tu imaginación á ver si te acuerdas tú de alguna moza á la que le puea saber á tuera el que te cases tú con Mariquita del Carmen.

—Hombre—dijo Joseíto tras algunos instantes de meditación,—la verdá es que yo no caigo en ninguna que haiga puesto nunca de verdá los ojos en mi presona.

—Vamos á dejarnos de cosas y quisico-

sas; demasiao sabes tú, como sé yo y como sabe toíto er mundo, que dende jace ya muchísimo tiempo llevaría por su gusto tu retrato en un alfiler de pecho la *Niña de Montejaque*.

—Hombre — exclamó Joseíto con voz ligeramente turbada, — yo no diré que á mí la *Niña* me mire de mala jechura, pero de eso á lo que tú dices hay más leguas que dende aquí á las ermitas é Córdoba.

—Lo que yo te platico es tan verdá como ese sol que mos alumbra; demasiao sabes tú que es la fija, que esa tórtola está toa por ti, tan verdá, como es verdá que está que muerde por ella Juanico el *Esparraguera*.

—Pero — exclamó Joseíto mirando fijamente al *Lucentino* — entonces es que tú crees?...

—Yo no creo más que en Dios Uno y Trino; pero las mujeres, entren toas y sálvese la que puea, son una miajita más que peores cuando se les sube la espuma, y la *Niña de Montejaque* es mu capaz al enterarse de que lo que tú traes en este porte son las galas del casorio pa tu sin vivir,



de haber marnetizao al *Esparraguera* pa que éste le cante el camino por aonde díbamos á traernos las cargas y jasta de haberle hecho dir á él mesmo en presona á dalle el soplo al tiniente Bejarano.

—Pos yo, á pesar de to eso que tú ices, no creo capaz á Juanico de cargarse esa malita faena.

—Tú no sabes cómo está ese gachó por la *Niña*; ese gachó es capaz, por dalle gusto á la *Niña*, de comprometerse á dar un salto á la luna, y de apagar un lucero; y además, ¿no te has fijao tú en él, en lo caviloso y en lo mal encarao que viée el mozo to el camino?

—Eso sí; tanto es asina, que en la venta del *Pitones* le pregunté que qué era lo que tanto le dolía.

—Pos lo que le duele fijamente es que le está dando el remordimiento la mar de acosones en mitá la consencia.

—Pos sea asina ú no sea, poique ya de eso mos enteraremos, lo primerito que voy á jacer es decille á Periquito el *Perdiguero* que se vaya elante de nosotros pa que le

avise al posaero de la Paz, en Gaucín, de que esta noche caeremos por allí en lugar de caer por donde habíamos pensao.

Y minutos después, el *Perdiguero*, un moctón como un roble, rubio, de tez aciguatada y pecosa, saltaba ágil sobre su yegua, no sin haber previamente repasado las ligaduras de los tercios sujetos á las ancas, y no sin haber suspendido de la montura la reluciente tercerola.

—¿Y por qué no te dejas aquí la carga, y con eso irás más ligero?—le preguntó Joseíto.

—Porque este mal bicho—y al decir esto golpeaba el *Perdiguero* de modo acariciador en las redondas ancas á su montura,—corre más cuando siente encima la carga que cuando va de paseo.

## II

Ya se despedía el sol del valle y del río que se deslizaba mansamente entre macizos de adelfas carmesíes, verdes juncias y frondosísimos chaparrales, cuando abriéndose de par en par el enorme portalón de la venta, dió paso al vistoso y pintoresco grupo de contrabandistas, al frente del cual destacábase Joseíto, sobre un potro de gran alzada, de espantados ojos y de larguísimas crines.

Tras Joseíto asomaron diez escopeteros, dispuestos todos y cada uno á darle una desazón al que intentara hurgar á cualquiera de las veinte acémilas que, cargadas de mercancías y convoyadas por retaguardia por el resto de la partida, se proponían llevar á puerto de salvación antes de que el sol tor-

nara é iluminar con sus luces matinales el bellissimo paisaje.

La melancólica luz del crepúsculo ponía sus tonos más suaves en el valle y en los declives de la montaña, y la solemne y religiosa quietud del atardecer era sólo turbada por el chocar de las herraduras en las piedras del sendero que conduce desde el camino á la solitaria venta.

—¿Estamos ya listos?—preguntó el *Mimbrales* al ver ya fuera del edificio la pintoresca caravana, que, á las últimas claridades del día, destacábase vistosamente sobre el fondo obscuro de la ladera, con sus ensedadas monturas, con sus vistosos pañuelos y ceñidores y con sus armas tan relucientes como de plata bruñida.

—Listos—dijeron casi al unísono varios de los bizarros jinetes.

Y ya se disponía Joseíto á dar la orden de marcha, cuando un silbido que resonó cercano

—¿Quién será?—le hizo murmurar, pintándose la inquietud en su atezado semblante.

Y adelantándose hacia donde el camino se dividía en sendas empinadas y pedregosas, exclamó tras posar una mirada escrutadora en la apacible lontananza:

—Camará, pos si no me equivoco, la que viéé por la trocha es Mariquita Rodríguez, la *Niña de Montejaque*.

Esta avanzaba rápida, rigiendo con mano firme su brioso caballo. Su falda de percal color de rosa, algo recogida, dejaba ver el pie reducido y calzado con fuertes borcegués de cuero; un pañuelo de crespón verde cubría su seno de armónica proporcionalidad, y otro en forma de visera, su profuso y negrísimo cabello que partíasele en bandas sobre la aterciopelada frente; su rostro era de algo agitanado perfil; sus ojos enormes, de pupilas oscuras y febriles, orlados por larguísimas y encorvadas pestañas; sus cejas anchas y sedosas, uníansele en el entrecejo, dándole algo de varonil á su mirar arrogante; sus labios gruesos dejaban ver casi constantemente parte de su dentadura grande y nítida, y en su tez obscurecida por los besos abrasadores del sol, pintaba la sangre

moza y rica sus tonos cálidos, que acentuaba con gradaciones de púrpura en las bien curvadas mejillas.

Se destacó del grupo, avanzando hacia la que llegaba, Joseíto, y momentos después detenían ambos el paso de sus respectivos trotones.

—¿Quién mal te quiere que por aquí te manda, Mariquita?—preguntó el *Mimbrales* sonriendo algo forzosamente á la gentil montejaqueña.

Esta posó una mirada altiva en el único hombre que no había llegado á rendir el debido tributo á su hermosura, y le repuso encogiéndose de hombros, á la vez que acariciaba con su mano pequeña y mórbida el cuello sudoroso de su jaca:

—Pos lo que aquí me trae es que toas y tos tenemos en la vía un mal cuartito de hora, en que toas y tos semos tontos, pero que tontos perdíos.

—¿Y se puée saber cuál es la tontuna que á ti te trae hoy por estos vericuetos?

—Pos la que me trae á mí aquí es que estando en mi cubril me queé una miajilla

adormilá, y ensoñé que el tiniente Bejarano, con catorce de los más malitos de su gente, se había escondío en el olivar del *Panzúo* pa daros esta noche la esazón; y como cuando yo ensueño una cosa no es que la ensueño, sino que la adivino; pos, velay tú, poiqué le he dao la carrera en pelo que le he dao á mi probe *Pinturera*.

—Pos mía tú lo que son las cosas; tamién había yo ensoñao algo de eso que tú me acabas de decir—repúsole sonriendo con expresión irónica Joseíto;—tanto es asina, que ya jace dos horas que salió uno de los muchachos pa que mos vayan preparando de cenar en otra parte, y lo único que yo quisiera saber es quién ha sío el que se ha cargao con mosotros tan remalilla faena.

Sonrió la de Montejaque, y

—Eso que tú has ensoñao—repúsole á Joseíto—lo habrás ensoñao tú poi que yo habré querío que lo ensueñes.

—Entonces has sío tú la que mos ha mandao á decir...

—Naturalmente, hombre—exclamó interrumpiéndolo Mariquita.—Si Toñuelo ha vi-

nío, ha sío poi que yo le encargué que viniera, y si he vinío yo tamién ha sío por temor de que no sus diera bien y con tiempo el recaó y sus metiérais esta noche en el *Olivar* como unos mansos corderos.

—¿Y no se puée saber quién ha sío el que le ha díó con el soplo al mozo de los galones?

Se encogió de hombros desdeñosamente Mariquita y

—Lo que pasa, pasa poi que Dios quiere que pase; poi que naide está libre de un maulillo pensamiento dijo con acento sombrío.

—Pero es que á mosotros mos importa mucho saber quién ha sío el que mos ha jecho esa mala *chanáita*.

—¿Y qué te importa á ti eso?

—¿No ha de importárseme, camará? ¿No comprendes tú que el que jace una lo mesmo jace doscientas?

—Pos bien—dijo fríamente la de *Montejaque*;—yo he sío la que le ha díó con el soplo al tiniente Bejarano.

—Tú habrás montao la escopeta—repúsole sordamente el *Mimbrales*,—pero tú

no le has podío poner fuego al misto; tú no sabías el camino por aonde dábamos á echar mosotros; en este mal fregao tenemos que tener entre mosotros un Júas, y si no me dices tú quién es ese Júas, lo mesmo que hoy mos ha vendío, podrá vendermos mañana.

—Ese Júas no es de los que se venden por treinta ineros—exclamó con acento de firme convicción Mariquita;—ese Júas no poía pagalle una traición naide más que una presona... pero no caviles tú ya más, que el que la jizo, en el pecao lleva la penitencia, que cuando yo vi de que era capaz de traicionar á sus compañeros, se me quitaron las ganas de dalle lo que en pago yo le tenía prometío, y no tengas tú cudiao, te ripito, que cuando me pase el mozo la cuenta, ya le enseñaré yo lo que se cobra por una mala partía.

—Está bien, mujer; pero, por lo menos, me podrás decir cómo siendo tú la que mos jiciste la llaga has vinío tú tamién á darnos la medicina.

—Qué sé yo; poi que endispués de jacer

lo que jice no púe pegar los ojos en toa la noche, y na... que he vino poique he vino y ya me voy poique me voy.

Y aflojando las riendas á su jaca, hizo girar á ésta rápidamente, y á poco se perdía de vista tras las pintorescas accidentaciones del sendero Mariquita Rodríguez, la *Niña de Montejaque*.

## III

La sala de recibo de la casa de la de *Montejaque* fulgía al sol que reía en sus ventanas, en las blancas paredes, y en la blanca techumbre; la mesa de pino, los cuadros de caoba que decoraban los testeros; las sillas de enea, ordenadamente colocadas, y dos ó tres macetas de rosas y claveles que aromaban el ambiente con su penetrante perfume delataban la mano incansable y pulcra de una mujer hacendosa.

Mariquita, en la cabeza un amplio pañuelo anudado sobre la nuca; descubiertos los brazos, torneados y pulidos; entreabierto el corpiño en el nacimiento de la garganta; recogido atrás, en la cintura, el vestido de cóco, y luciendo los pequeñísimos pies que juguetea-

ban en zapatos de lona y cáñamo, descansaba de los domésticos quehaceres, gallardamente retrepada en una silla, en tanto que su tía, la señá Pepa, decíale con expresión de reproche:

—¡Cuando yo digo que tú estas más loca que siete locos perdíos! ¡No me decías jace dos días que por fin estabas dispuesta á casarte y que te dibas á casar con Juan el *Esparraguerá*?

—Cuando yo dije eso sí que estaba yo loca, lo menos cuarenta veces

—Pues miá tú, á mí me parece toíto lo contrario; porque, ¿me quiées tú icir qué es lo que tú le encuentras de malo al Juanico? Poique la verdá es que el hombre no tiée un pero en toíta su real presona, poique güen mozo lo es, y mú simpático lo es, y queriéndote más que á las niñas de sus ojos, y tan arriscao como el más arriscao; y además, mu abrigaíto que está el hombre, poique él ha sabío agenciárselo con el suor de su frente.

Mariquita escuchaba á su tía con ceño fruncido y torva la mirada; todo cuanto aquélla la decía era cierto: burlada en sus ilu-

siones por el *Mimbrales*, sólo Juan el *Esparraguera* había logrado ocupar un lugar de preferencia en su corazón; cuando recurrió á Juan para vengarse de los desdenes de Joseíto, haciendo perder á éste en una emboscada todo cuanto traía para engalanar á su rival triunfante, sin parar mientes, cegada por el despecho, en que por satisfacer sus rencores iba á causar la desgracia, tal vez, de una veintena de padres de familia, estaba decidida á galardonar al traidor, sentíase dispuesta á casarse con él y, á ser posible, antes que lo hiciera con María Joseíto; pero cuando tras una ligerísima resistencia vió dispuesto al *Esparraguera* á llevar á cabo la traición, á inmolar por amor á ella á todos aquellos en compañía de los cuales había visto deslizarse su juventud, un profundo desprecio substituyó en su alma la estimación que sintiera por él, y ya sólo de pensar que pudiese exigirle el cumplimiento de su promesa, el pago de su villanía, estremecíase de indignación y de cólera, á la vez que un profundo arrepentimiento atormentaba su corazón, el de haber hecho delinquir de

modo tan irredimible á sus ojos al único hombre que hubiera podido borrar en su alma, á fuerza de amor y de caricias, la en ella esculpida imagen de Joseíto el *Mimbrales*.

—¿Qué? ¿no es verdad toíto lo que yo te estoy diciendo?—le preguntó su tía.

Sacudió la cabeza la muchacha como si quisiera espantar aquellas ideas que la atormentaban, y

—No, yo no digo que no sea verdá, pero es que yo no quieo casarme; primero, porque no hay mozo que á mí me tire pa tanto, y segundo, porque yo no necesito de naide pa que ni á usté ni á mí mos falte nunca trigo en el troje, tan y mientras no me maten mi *Pinturera* y puea yo portear en ella una carga de las prensás de *Canillas*.

—Pero si es que eso no puée seguir asín. ¿No ves tú que el mejor día te entrecoge un alma perra por esos vericuetos y le da la picá y mos busca una ruina?

—Tendría que jacerme yesca; ya ve usté lo que le pasó á Paco el de *Almoraima*, que bien puée el mozo dalle gracias á Dios de que la ventera me torció la puntería.

Algo iba á objetar la señá Pepa á lo dicho por su sobrina, cuando le hicieron enmudecer algunos golpes que resonaron en la puerta, y una voz que gritaba desde la calle:

—¿Se puée pasar, Mariquita?

—Esa es la voz de Joseíto—exclamó, incorporándose, la anciana.

—Sí, que es su voz—dijo la *Niña*, dirigiéndose á abrir al recién llegado, el cual, penetrado que hubo en la habitación, tiró el sombrero sobre una silla, sacó un rico pañuelo de seda y exclamó, al par que se enjugaba la sudorosa frente:

—Camará, y qué trote que me he metío yo en el cuerpo por mó de una pícara matutera.

—¿Y á qué has venío tú tan corriendo y con el sol en su golfo?

—Pos he venío á poner ca cosa en su lugar; á contarte lo que pasó anoche, endispúes que tú te viniste de la venta de los *Palmares*.

—¿Y qué fué lo que pasó?—le preguntó mirándolo inquieta Mariquita.

—Pos lo que pasó fué, que apenitas tú

picaste espuela me fuí yo á los muchachos, y, plantándome elante de ellos con la sangre más negra que el betún, les dije que me había dao una corazoná y que díbamos á tomar el camino de Gaucín pa no tener que pasar por el olivar del *Panzúo*.

—¿Y qué? ¿dijo algo en contra alguno de los de la partía?—le preguntó palideciendo ligeramente la de *Montejaque*.

—Pos sí, señora, que hubo uno que dijo algo, y ese uno fué Juan el *Esparraguera*, el cual, arrimándose á mí en su jaco y mirándome de móo que casi me jizo bajar los ojos, me dijo:

—No seas tú asina, Joseíto; mírame á mí cara á cara. Esta noche pasamos mosotros por el olivar del *Panzúo*, y coste que me has ofendió con no más que haber pensao que pudiera ser verdá lo que te acaba de decir de mí la *Niña de Montejaque*.

—Pero entonces...—exclamó ésta mirando con expresión de asombro á Joseíto.

—¡Ná, mujer, ná, tratándose como se trata de un hombre de cuerpo enterol; que el *Esparraguera*, al ver lo que tú le peías, pensó

que si él se te negaba poías tú peirle lo mesmo á otro qualquiera, y ese otro qualquiera podría ú no podría ser como él y darmos á tós una esazón mu grande, y por eso fué el decirte él que estaba conforme en dirle con el soplo al tiniente Bejarano.

La *Niña* miró llena de gozo á Joseíto, no obstante sentir cómo la lealtad del mozo lastimábala un tantico en su soberbia y en su vanidad, pero venciendo en ella su índole generosa:

—Pos si eso es asina, cuando aluego veas á Juan le vas decir de mi parte que venga á verme ensegúa—dijo á Joseíto mirándolo con expresión maliciosa; y acercándose después á una de las macetas, arrancó de ella el mejor de sus claveles, y dirigiéndose de nuevo á aquél continuó:

—Y además, y de parte mía tamién, vas á darle este clavel pa que se adorne el sombrero.

Joseíto rascóse, sin que le picara sin duda, y con todo primor y con solo un dedo el vértice occipital y

—¡Está bien, mujer—dijo con acento re-

signado—está bien, y quién me diba á decir á mí que diba yo alguna vez á jacer esta clase de mandaos!

Y minutos después decíale Mariquita á la señá Pepa con voz vibrante de gozo:

—Por fin ha poío usté más que yo con tantas güenas razones como me ha dao, y ahora sí que es verdá, que voy á dalle á usté gusto, porque ha de saber usté que me caso, pero que me caso más pronto que un tiro con Juan el *Esparraguera*.